

COSAS DE HERMANOS

Casiopea Koreander

El grito rompió la noche y, como de costumbre, fui el único en escucharlo. Busqué el botón de la lámpara de mi mesilla de un manotazo con el que sólo conseguí hacerme daño y salté al suelo. Una voz ahogada me llamaba desde el pasillo. La seguí, liberándome entretanto de la sábana que tenía enredada en las piernas.

Ahí estaba él, envuelto en su manta y bañado sólo por la luz que procedía de su dormitorio. Sus ojos estaban fijos en mi puerta, y se llenaron de alivio cuando aparecí.

-¿Otra vez? -pregunté, aunque no era necesario.

Nico se hizo a un lado. Avancé hacia el umbral iluminado.

-Quédate aquí -ordené.

-No -replicó, con todo el valor y el miedo que puede sentir un niño al mismo tiempo-. Esta vez quiero verlo.

Asentí. Pero entré yo primero.

El dormitorio estaba ordenado, para ser el de alguien de su edad. Me situé frente a la pared con dibujos de animales de la sabana. En ella se apoyaba la cama, bajo la que había un par de cajas con juguetes viejos. O eso parecía. Nico cogió un par de palos de hockey de su armario y me tendió uno, que aferré como si fuera una estaca. A mi señal, se aproximó al interruptor de la luz y se preparó para pulsarlo. Fingí no ver que le temblaba la mano, o la mancha que había en el colchón.

-La apagas a la de tres -indiqué, sin perder de vista las cajas-. Una... Dos... -reprimí mi propio temblor, que amenazaba con hacerme soltar el arma-... ¡ya!

¡CLAC!

La negrura nos envolvió y las cajas se esfumaron. En su lugar, gruesas raíces brotaban bajo el mueble y reptaban por el suelo. Un agujero se abría en el medio, como si fuera la entrada a un mundo subterráneo. Un mundo que Nico convocaba cuando tenía pesadillas. No sabíamos qué

había al otro lado, aparte de algo que se movía y pretendía llevar a mi hermano con él. Aquella noche no se hizo de rogar. Las raíces se sacudieron y Nico chilló. Yo quise hacerlo, pero no podía. Era el mayor.

Alcé el palo y golpeé con todas mis fuerzas, pero no di a nada. Probé de nuevo. Aunque sabía que no podía matarlo, sí era posible ahuyentarlo por una noche. Di por fin al blanco, y el ser hizo aquel ruido.

Era... No sé cómo era. Sonaba al mismísimo infierno. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Nico no pudo soportarlo y cayó de rodillas, tapándose los oídos con las manos. Volví a la carga, esta vez con un grito de guerra. Quería que se acabara ya. Que lo dejara en paz. Que nos dejara en paz. Pero sobre todo, no quería verlo. Su cara se parecía demasiado a la del tío Aarón.

El tío Aarón era el hermano de nuestra madre, y el hombre más malo al que habíamos tenido la desdicha de conocer. Creo que hablo por los dos cuando digo que nos daba mucho más miedo que cualquier monstruo.

Y entonces me cazó. Sus garras se cerraron entorno a mi tobillo, y antes de que pudiera defenderme, caí hacia atrás de un tirón.

-¡NO! ¡JORGE!

Grité, pataleé y di palazos en vano. Una fuerza diabólica tiraba de mí hacia la cama. Logré asirme con una mano a una de las patas de madera, y pretendía hacer lo mismo con la otra, cuando diez pequeños dedos la aferraron con toda su fuerza.

-¡SUÉLTALO! ¡SUÉLTALO AHORA MISMO!

Nico hincaba los pies en el parqué y tiraba como podía de mi cuerpo adolescente.

-¡NO ME LO VAS A QUITAR! -siguió gritando.

Por un momento la escena me recordó a las muchas veces que habíamos discutido por un juguete o el mando de la tele. Solía ganar yo al ser el más fuerte, y sin duda él llevaba las de perder en aquella trifulca también, pero su ferocidad encendió una especie de fuego dentro de mí. “De eso nada, bicho inmundo” pensé, e hice esfuerzos de los que no me habría creído capaz para

permanecer junto a Nico. No podía caer en el abismo, porque entonces él me seguiría; ahora lo sabía. Ése era el plan del ser. Y yo no podía permitirlo.

De alguna manera, Nico logró aguantar unos cuantos segundos. La voz terrible bajo la cama protestó, haciéndose más intensa e insoportable. El niño apretaba párpados y dientes con tanto ímpetu que parecía que fuera a aplastarlos y yo estaba al borde del desmayo. Las garras se hundían cada vez más en mi muñeca, sin hacerme herida alguna; me habrían parecido irreales de no ser por la sensación de puñales atravesando mis músculos. No pude aguantar más y liberé el alarido que había estado conteniendo para aparentar que tenía todo bajo control.

Mi hermano empezó a flaquear, pero sin soltarme, con lo cual el ser lograba arrastrarnos a los dos.

-¡Déjalo ya, Nico! -le pedí con urgencia-. ¡Ve a buscar ayuda! ¡Si no te cogerá a ti también!

-¡NO, NO, NI HABLAR!

Su ira no había disminuido, y conforme se daba cuenta de que la batalla estaba perdida, se convertía en desesperación. De pronto sentí que el suelo perdía su consistencia debajo de mí. La mitad de mi cuerpo dejó la superficie de golpe, cayendo por un tenebroso tobogán de raíces. Mi espalda aún estaba apoyada en las tablas de madera del dormitorio, pero mis piernas colgaban en el vacío. Un vacío frío como una noche de invierno. Me invadió el terror más grande que había sentido jamás.

-¡NO! -chilló el niño de nuevo.

-¡¡NICO, SUÉLTAME!!

Esta vez fue una orden. Le lancé una mirada fulminante, severa, de adulto. Y no lo conmovió un ápice. Se lanzó al suelo de rodillas, junto a mí, al alcance de la otra zarpa del ser, con el rostro casi dentro de aquella trampa.

-¡YA NO ME DAS MIEDO! -anunció con todo el aire de sus pulmones-. ¡HE CRECIDO!

¡YA NO PUEDES HACERME NADA! ¡MÁRCHATE! ¡MÁRCHATE! ¡MÁRCHATE!

¡MÁRCHATE!

Repitió sin cesar la última palabra, como si fuera una maldición. Hiperventilaba, y creí que iba a ahogarse allí mismo. No ocurrió tal cosa, pero algo pasó. Sentí que las raíces que me envolvían temblaban. Aquello no era bueno. No podía ser bueno.

El ruido que hacía el ser cambió. Se volvió agudo, desgarrador. Ya no era de ira, sino de... juraría que era de dolor. Y ahora sí que era humanamente imposible soportarlo. Los muebles temblaron. Nico me soltó. Perdí el conocimiento.

Lo recobré tendido en la otra punta de la estancia. Mi hermano me daba palmadas en los mofletes y me llamaba de todo porque no despertaba. Cuando abrí los ojos se me tiró encima con tanto entusiasmo que por poco me desmayo otra vez. Con excepción de sus risas, todo era silencio. Pero la luz seguía apagada. Me volví hacia la cama en cuanto pude. Bajo ella estaban las cajas de siempre. No me lo podía creer.

-¿Qué ha pasado? -balbucí, dudando de si aún nos convenía estar en guardia.

-¡Esa cosa te ha escupido, y las raíces se han muerto, y se han metido dentro del agujero y el agujero ha desaparecido, y creo que lo he matado! -explicó a toda velocidad.

Hizo un parón para respirar. Tras un largo instante en el que estuvimos mirándonos con incredulidad, me abrazó y rompió a llorar. A mí se me saltó alguna lágrima también, pero de felicidad. Lo estrujé como si quisiera hacerlo pedazos.

-¡Lo has hecho, campeón! -exclamé en susurros-. ¡Sólo tú podías vencerlo! Estoy súper orgulloso.

Y así nos quedamos una hora más; hechos un ovillo en el suelo del dormitorio, oyendo nuestras respiraciones en la penumbra. Me pregunté una vez más cómo es que nuestros padres no habían oído nada de la batalla. En fin, era mejor así.

Que quedara dentro de lo que ellos llamaban “nuestras cosas”.

